

**DISCURSO DE RAMÓN ANDRÉS EN EL ACTO DE ENTREGA DEL
PREMIO PRÍNCIPE DE VIANA 2015**

Leyre, 10 de junio de 2015

Majestades, autoridades, amigos, desearía encontrar en el lenguaje una manera, un modo que nada tuviera en común con la retórica a la hora de expresar mi gratitud y describir el honor que supone recibir un premio como el que aquí nos convoca, pero no hallo otra fórmula capaz de deslindarse de aquellas que utilizaron nuestros clásicos. Mi agradecimiento hacia todos ustedes, a los miembros del jurado y a las personas que tuvieron a bien considerarme merecedor del galardón. No puedo dejar de mencionar al señor Ricardo Pita Macaya, Jefe de la Sección de Publicaciones del Gobierno de Navarra, quien, sin conocerme personalmente, propuso, con una desacostumbrada generosidad, mi nombre como posible destinatario de tal distinción.

Así, Majestades, debo rendir las gracias más sinceras por su concesión, y, también, por distinguir a alguien que procura hacer de las letras, y no menos de la música, una forma de resistencia. En una labor eminentemente solitaria como la mía, verme hoy aquí, rodeado de sus respetadas personas, representa un auténtico acontecimiento, o, por mejor decir, un regalo.

Si he empleado el término resistencia no ha sido por azar, pues por resistencia también entiendo, por supuesto, la convocatoria de un premio como el Príncipe de Viana de la Cultura, que, por fortuna, junto a otros, viene a hacer frente a este progresivo desmantelamiento al que está sometida precisamente la cultura, a este deterioro del pensamiento, coaccionado, cada vez más, por un mundo que ha instaurado su ideología en la fabricación de excedentes. Su

meta es el exceso. Aquella Europa que soñó Carlomagno escuchando a Alcuino de York, ha terminado en una transacción. Ya no vivimos, ya no sabemos vivir con lo necesario.

Por esta razón no quiero, no puedo olvidarme de las personas que han optado a este mismo premio, ni de todo aquel que trabaja día a día con desnudo, a veces proyectando la silueta de Sísifo. Si me fuera dado pedir algo, pedir, desde el respeto, a Vuestras Majestades, rogar a las autoridades aquí presentes, no sería otra cosa que ayuda, en la medida de lo posible, a todos cuantos nos hallamos en condiciones más o menos precarias a causa de haber decidido tomar el difícil camino del conocimiento y el saber, nunca, nunca entendidos estos valores como un patrimonio para el disfrute personal y narcisista, sino, bien al contrario, concebidos como elementos transmisores, tan necesarios para la conformación de una sociedad más reflexiva y serena, más adulta, menos especuladora. El nihilismo, el olvido «del otro», «de lo otro», «de los otros», se están convirtiendo, y no de manera lenta, en las marcas de una civilización que debe pensar, ciertamente, qué significa su nombre, el cual, como bien sabemos, conduce a la definición de ciudadano, un ciudadano que, día tras día, ve menguada su condición para ser convertido en un mero cliente, un cliente de la nada, del exceso, como se ha dicho ahora.

De ahí mi sincero agradecimiento por la existencia del Premio, de ahí mi reconocimiento a la labor de quienes tratan, desde las aulas, de asegurar unos buenos contrafuertes; a quienes, desde el saber, procuran la equidad, a todos aquellos que desde la música y las artes, desde el pensamiento y la imaginación, es decir, desde la entrega, procuran que Occidente sea el que hace no tantas décadas propusieron filósofos como Jaspers y Gadamer, que supieron, y no se cansaron de decirlo, que, a la larga, la cultura es más fuerte que cualquier moneda. Que no todo quede reducido al *homo thecnicus*, porque esta faceta, la de la técnica, es solamente una parte de lo que es en sí el ser humano, a saber, un portador de sentido, una herencia de significados, un eslabón del Ser.

Concluyo aquí, Majestades, termino ya, autoridades y amigos, de nuevo con mi gratitud y respeto, feliz de poderlo expresar ante sus personas y en el monasterio de San Salvador de Leyre, crucial en la expansión del conocimiento, tarea del monacato durante la Edad Media y directo artífice del pensamiento occidental.